

LOS DULCES DE LA BODA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los dulces de la boda.

Ellos hubieran querido que la boda fuese aquel mismo día; pero necesitaban esperar al siguiente, un domingo de Enero, más hermoso para los novios, con sus esperanzas y sus promesas, que todos los domingos de Mayo, con sus flores y con sus perfumes.

¡Qué remedio! No era cosa de perder un día de trabajo en casarse... ¡Así que no andaban necesitados de ganar un jornal, para desperdiciarlo, aun tratándose de la dicha! Y luego, que habían hecho un gasto enorme; su fondo de ahorros estaba completamente exhausto; el arreglo de un hogar nuevo se traga una fortuna. Cuatro años de privaciones y de fatigas les fueron precisos á Moncho y á Teresa para constituir el suyo.

Durante aquel tiempo, ni Moncho bebió un vaso de vino, ni Teresa compró una cinta de seda para adornarse el moño. Uno y otro vivieron como dos avaros, escatimando un céntimo de este lado, un real del otro, una peseta del de más allá; pero al fin tocaban el limi-

te de sus ambiciones; ya tenían puesta su casa; ¡y qué casa! daba gozo mirarla.

Un albañil la había lavado la cara, y era de verla, coquetona y humilde, apoyada sobre una roca, dorada por el sol, saludada por el mar, que la acariciaba con risas de espuma, y curioseada por las gaviotas de la costa, que no pasaban una vez siquiera por delante de ella sin prorrumpir en graznidos envidiosos, como si quisieran decirse:

«¡Pero qué felices van á ser esos picaros!»

Esto por lo que tocaba al exterior de la vivienda. Del resto no se diga: Teresa estaba segura de que no existía en el pueblo otra más limpia y aseada; y con todos sus menesteres.

Á la entrada, en un patinillo cubierto, la pila de piedra para lavar la ropa de su Moncho y dejarla blanca como la nieve á puros restregones de sus manos fuertes y musculosas; sobre la pila la *herrada*, cuyas anchas abrazaderas de hierro relucían como si fuesen de plata diestramente bruñida; allí, en un rincón una jaula espaciosa hecha de tablones viejos, y transformada en gallinero para cobijar á un gallo de cola dorada y ojos de lumbre, y á siete gallinas, que en punto á fecundas podían apostárselas con las mejores *ponedoras* del país; cruzando el espacio del patinillo, y sujetas por garruchas á la pared, dos cuerdas de esparto para secar las redes en los días lluviosos y el traje de mar de

Moncho en todo tiempo. Más adentro la sala, con un sofá de anea, cuatro sillas de Vitoria, una cómoda de pino con chapas de caoba y encima de la cómoda una cajita de conchas naturales, dos floreros de barro y una imagen de la Virgen, vestida por la novia, y detestablemente vestida por cierto, pues era moza lega en puntos de modistería celestial; en la pared estampas y en el suelo la madera desnuda, que, merced á los *encerrados* de Teresa, relucía como un espejo.

A la derecha de la sala la alcoba, con el lecho limpio de presente y la felicidad de los novios en perspectiva; á la izquierda un pasillo y al final de éste la cocina con un hogar de hierro para hacer lumbre, cuatro caceros para guisar la comida, un armario de encina para guardar platos y cubiertos, dos sillas de pino y una mesa, de pino también, donde los futuros esposos saborearían la comida por ellos ganada, y ganada á medias; pues mientras Moncho apretaba el remo, y tendía la red y corría la mar, Teresa andaría por los pueblecillos de la costa con la banasta en la cabeza y el pescado dentro, voceando su mercancía en ese idioma vasco que al pasar por los labios de las mujeres, más parece canto de pájaro que voz humana.

En su nueva casa pensaba Teresa, contemplándola desde la ventana de la que entonces ocupaba, y esperando á Moncho que debía pasar por allí antes de ir á la pesca, para saludarla y arreglar por centésima vez

los últimos preparativos de la boda; porque era lo cierto que con tanto gasto se habían quedado sin una peseta, y aunque el padrino, patrón de la lancha donde trabajaba su novio, fuese hombre rumboso que los quería mucho y correría gustoso con todas las pertenencias del convite, no era cosa de que los novios no pudieran ofrecer un barril de sidra y una bandeja de dulces á los invitados. Afortunadamente la época era buena, y con lo que sacara Moncho aquel día bastaría á las atenciones del convite y aún quedaría algo para el día siguiente. Después... no iba á faltarles Dios; eran jóvenes, trabajadores, religiosos, muy apreciados del señor cura; se habían querido como manda el cielo, y el cielo no abandona á los que se portan bien con él. ¡Poco que pensaba divertirse ella el domingo! Por la mañana á confesar, á oír misa, á prepararlo todo: la ropa blanca, el justillo de seda, la falda de lana, el manto negro, los zapatos de tela y las medias de hilo; por la tarde á la iglesia otra vez, con una patulea de chiquillos delante, y el novio al lado, y al lado del novio el padrino, y al de la novia la madrina y detrás todos los convidados, aquellos marinerotes de tez curtida y corazón sano, aquellas mujeres que la habían visto nacer ó habían jugado con ella; todos limpios, endomingados, llenos de satisfacción y contento; después, el discurso del señor cura, las bendiciones, y en seguida de las bendiciones el baile y el convite y los jarros de sidra

pasando de una mano á otra, y luego... luego, Moncho sería suyo para siempre, y la casita construída sobre las rocas, el nido vacío, tendría dos amantes que lo habitaran.

*
*
*

En su porvenir pensaba Teresa, echada de pechos sobre la ventana de la casa de sus padres, é iluminada por la luz del crepúsculo de la mañana, que mejor que dibujar, abocetaba sobre el marco de madera la hermosa figura de la joven, su cara larga, morena, sonriente, su pelo negro, que, partido en trenzas á medio hacer, caía sobre sus hombros robustos para acariciar su talle flexible y recoger los estremecimientos de su cuerpo, sacudido á un tiempo por el frío de la mañana y por los anhelos del amor; hermosa estaba la muchacha á la luz incierta del crepúsculo, mientras clavaba sus ojos negros en su hogar futuro y recogía en su pensamiento la imagen de Moncho, de aquel mocetón fuerte como un mástil, de carota franca, de piel dura enrojecida por la intemperie y por la borrasca, de músculos de acero y de alma cándida como la de un niño de cuatro años; hermosa estaba, y más hermosa pareció todavía cuando Moncho, abriendo la puerta de su casa, y saliendo por ella con la red en la mano y el remo al hombro, gritó con su voz áspera, hecha á dejarse oír entre los rugidos del vendaval y el estruendo del oleaje:

—¡Buenos días, Teresa!

—¡Buenos los tengas, Moncho, respondió la muchacha; ¿vas á la pesca?

—Sí. No hay otro remedio; ya sabes que contamos con ella para quedar bien con los convidados... Conque... hasta la noche. El día está bueno, y la pesca abundante... No dejes de ir á esperarme en el muelle.

—¡Pues no faltaba más!... Hasta la noche, Moncho.

—Adiós, Teresa.

Y el mozo, empinándose sobre la punta de los pies, envió un beso á su novia; ella se lo devolvió con la mano. Fueron los dos besos las primeras notas de amor que sonaron en la naturaleza aquella mañana... Los novios se adelantaban á los pájaros que aún dormían, con las alas plegadas, entre las ramas de los árboles.

*
*
*

—¡Buena pesca, José Mari!—gritaba Moncho, encarándose con su patrón, y volcando en el fondo de la lancha su red llena de peces que coleaban y se retorcián dentro de ella, semejantes á un montón de láminas de plata revueltas por la mano de un chico travieso.—¡Buena pesca! Por esta vez tocamos á tres duros. ¡Sí estaba yo seguro de que no iban á faltarle á Teresa los dulces de la boda!... Desengáñate, José Mari, el mar es muy bueno para nosotros.

—Algunas veces — respondió el patrón — contemplan-

do la superficie tranquila de las aguas y volviendo después los ojos hacia el pueblo, apenas visible desde aquella altura de la costa.

Hizo una pausa, durante la cual se contrajo su semblante rugoso, salpicado á trechos por una barba entrecana y áspera, y á seguida añadió:

—¡Vamos, muchachos! aún quedan tres horas de faena. Con otras dos tenemos bastante para volver al pueblo. No hay que desperdiciar las buenas ocasiones.

Los marineros, obedientes á la voz del patrón, reanudaron la faena por un momento interrumpida, distinguiéndose entre todos ellos como el más incansable y ardoroso, Moncho, el cual tenía tiempo para todo; para tender la red, para recogerla, para contestar á las chanzonetas de sus amigos y para pensar en su Teresa; porque ya era suya; ¡qué significaban unas horas de espera junto la felicidad de toda la vida!...

Así continuaron por espacio de una hora; y era espectáculo varonil y hermoso el que ofrecían aquellos hombres humildes y aquella naturaleza omnipotente: El cielo azul, limpio de nubes, iluminado por un sol plétórico que, al caer desde la altura transformado en haces de luz, convertía en una esmeralda gigantesca el mar silencioso y apacible; sobre el mar, la lancha que avanzaba por él á impulsos de dos remos soñolientamente manejados; detrás de la lancha, la red, ocultando el fino tejido de sus mallas entre el vaivén con-

tinuo de las aguas; en la superficie de éstas el cebo para la abundante pesca que sobre él caía, y dentro de la barca nueve hombres jóvenes, robustos, descalzos de pie y pierna, remangados los brazos, descubierto el pecho é inclinados sobre la borda para dejar deslizarse con lentitud la cuerda de la red, para mantenerla tirante, para recogerla de pronto y cerrar toda salida á los prisioneros, para arrastrarla después hasta la barca y subirla á ella, poniendo en tensión sus músculos potentes y en juego su demostrada habilidad, mientras las gaviotas revoloteaban sobre sus cabezas, y el Océano hinchaba y deprimía sus encalmadas ondas dando paso á su respiración de gigante dormido...

Tan abstraídos estaban los marineros en su pesca, tan cegados por la codicia de la ganancia, que no advirtieron una mancha oscura que se dibujó en los últimos límites del horizonte y fué ensanchándose lentamente, sin que por ello se turbasen, en la apariencia, la calma del mar y las alegrías del cielo.

El patrón, menos atento que los otros á su faena, fué el primero de todos en divisar aquella mancha, y volviéndose hacia los marineros, con el rostro ceñudo y el ademán sombrío, les dijo señalando al horizonte con el dedo:

—¡Muchachos, galerna!

Todos alzaron la cabeza y todos comprendieron el peligro. Lo habían desafiado ya otras veces.

—¡Dentro de media hora la tendremos encima!— añadió el patrón.—Hay que adelantarse á ella ó estamos perdidos, porque la cosa se presenta mal; recoged las velas; armad los remos y al puerto. ¡Vivo!

Fué obra de un instante. Las redes cayeron sobre cubierta; los ocho remos se armaron sobre sus estribos de madera, un vigoroso empuje les obligó á cortar las olas y la barca tomó la vuelta de la playa con rapidez creciente; pero si la obra de los hombres fué breve, fué más breve aún la realizada por la naturaleza. La mancha oscura se convirtió en gigantesco nubarrón que fué avanzando por el cielo y cubriendo sus tonos azules con un manto parduzco salpicado á trechos por resplandores cárdenos y por trepidaciones luminosas; el Océano se estremeció como una fiera que despierta hambrienta de matar; lanzó un rugido formidable, encrepó sus olas como una melena de espuma y cambió sus matices verdes en mancha cenicienta de apariencia horrible y de aspecto amenazador... Y la mancha siguió avanzando y cubrió el cielo, y olas formidables se levantaron sobre el Océano, y el resplandor cárdeno convirtiéndose en rayos azules y en centelleos deslumbradores, como la trepidación luminosa se cambió en trueno avasallador y formidable. La borrasca con todos sus furoros se desataba sobre la lancha sacudida por el oleaje y golpeada por la tempestad.

—¡Nos ha alcanzado!— gritó José Mari.—¡Ya que

no podemos evitarla, lucharemos con ella!... Pronto; armad la vela, poned la aproa al viento; correremos con la borrasca... Hay que jugar el todo por el todo... Si el viento no cambia, si conseguimos evitar las rocas y enfilar la entrada del puerto estamos en salvo. ¡Animo! En otras peores nos hemos visto... ¡Vamos, muchachos, de prisa, armad la vela!... Tú, Moncho, que eres el más fuerte, al timón; hace falta un brazo de hierro para mantenerlo firme contra las olas. ¡Vamos!

Moncho cogió la barra del timón sin pronunciar una palabra; la vela fué izada en un segundo; al contacto del viento se hinchó hacia adelante con espantosa tirantez; la barca dió un salto, cayó de golpe sobre las olas; las partió con su quilla puntiaguda y siguió su marcha caída sobre un costado, conmovida por la borrasca y brutalmente balanceada por los hondos sacudimientos del mar.

—¡Ahora á la voluntad de Dios!—murmuró el patrón.

Y dirigiéndose á Moncho, que sujetando la barra del timón levantaba al cielo sus rostro pálido y demudado, le dijo:

—¡Qué! ¿Tienes miedo? ¡Tendría que ver eso en ti, que nunca lo has tenido!

—Por mí no lo tengo, José Mari,—respondió Moncho;—he visto muchas veces la muerte de cerca para temblarla; pero ahora sí, ¿por qué he de negarlo? ahora tengo miedo.

—¿Y eso?

—¿No comprendes que si yo muero, Teresa va á llorar?...

* * *

.....

Allá; en el pueblo, todo era lamentos, angustia y confusión; la gente, arremolinada sobre las escaleras del puerto, buscaba con ansia entre las olas las lanchas de los pescadores, que se distinguían como puntos blancos en el horizonte sombrío; allí estaban los padres, los hermanos, los hijos, el sustento de sus cuerpos, la dicha de sus almas; sólo se veían semblantes convulsos y ojos llorosos; el señor cura, arrodillado en las piedras del muelle, levantaba sus manos y sus preces al cielo implacable; y junto al señor cura, con el pelo suelto, la faz trémula y las pupilas nerviosamente dilatada, se encontraba Teresa, la novia de Moncho, la infeliz muchacha, que temblaba de espanto por aquel hombre, vida de la suya, objeto de su amor, resumen de sus esperanzas.

La primera lancha que se hizo perfectamente visible, la que se adelantó á todas las demás, la que con mayor rapidez se acercaba al puerto fué la de José Mari... Al fin pudo vérsela acostada materialmente sobre las olas, tendida la vela, rápida la marcha, insegura la salvación, con ocho de sus tripulantes agarrados á las bordas y haciendo esfuerzos sobrehumanos para que

no les arrebatase un golpe de mar, mientras Moncho, con las piernas abiertas y firmes, la cabeza descubierta, el ojo atento y el ademán bravío, sujetaba con sus brazos de atleta la barra del timón y mantenía la proa de la barca en línea recta con la entrada del puerto.

—Si no cambia la racha, si atraviesan las rocas— gritó un marinero viejo é inútil,—están salvados.

—¡Las rocas!—murmuró Teresa, mientras la gente veía con doloroso anhelo y sin poder prestarles auxilio, el peligro que amenazaba á aquel puñado de valientes. —¡Las rocas!—y volvió los ojos hacia aquellas rocas siniestras, encima de una de las cuales, y adelantándose sobre el mar, se descubría su casa, la casita blanca donde ella y Moncho esperaban ser tan felices.

La lancha llegó delante de las rocas; el mar, como si comprendiera que allí iba á librarse el último combate, como si no quisiera ser vencido, aumentó el estruendo y las sacudidas de su oleaje; el horizonte fué cómplice de sus furores, arreció la tormenta, saltó el viento, y la barca, impulsada por él, tomó el camino de las rocas. Entonces se vió á Moncho apoyarse con todo su cuerpo sobre la barra del timón y á los nueve hombres extender la mano para ayudarle, intentando un esfuerzo decisivo y supremo...

¡Esfuerzo inútil!... La barca dió una espantosa sacudida; la vela, arrancada por el huracán, se deshizo en girones; una ola formidable, cogiendo la embarcación

de través, la levantó en alto, la empujó hacia las rocas, la hizo saltar sobre su movediza y terrible curva, y volteándola con salvaje impetu, la estrelló contra ellas, mientras un racimo de hombres se desprendía de su fondo para destrozarse en la superficie erizada y cortante de los silenciosos peñascos.

Toda la gente agrupada en el muelle lanzó un grito de horror.

Teresa fué la única que no gritó; sin que nadie acertara á impedirlo, sin que ninguno tuviese tiempo de hacerlo tampoco, abandonó el muelle, saltó sobre las rocas, corrió por ellas desafiando los horrores del oleaje y llegó á la última, á la que servía de cimentación á la casita blanca.

Allí, junto con otros cuerpos despedazados, estaba el de Moncho, que había caído con los brazos en cruz y las manos en garfio.

Teresa se arrodilló delante de él, enseñó al mar y al cielo sus puños cerrados y amenazadores, y con los párpados secos y la voz extinguida, se dejó caer sobre el cadáver de su novio, que tenía los ojos abiertos y apretados los dientes, como si hubiese querido cortar la última palabra que salió de su boca.

Aquella palabra, ¿era una plegaria? ¿Era una blasfemia? Sólo Teresa podría decirlo. Teresa, que la recogía con sus labios convulsos de la boca ensangrentada de Moncho...

EL DESQUITE

El desquite.

Vivía como había vivido su padre, como vivió su abuelo, como vivieron todos los suyos, apegado al terruño, formando parte de él, fertilizándolo con el esfuerzo de sus brazos, siendo, mejor que hombre, rama nueva de un árbol humano, constituido por diez generaciones de trabajadores, cuyas raíces se multiplicaban y confundían en el subsuelo del cementerio del lugar, como las raíces de los demás árboles en las entrañas de la tierra, de aquella tierra que nunca les perteneció, que era de otros, para quien él, como sus ascendientes, la enriquecía y conservaba á cambio de un jornal escaso y en fuerza de una labor continua.

Así vivía Juan, y vivía satisfecho y conforme con esa existencia de bestia de carga que tiene seguro el pienso y regulada la faena; dedicado á la tierra de su amo, entregado á ella, sin ocuparse más que de ella; violándola despiadadamente con la reja puntiaguda del arado, para echar en los surcos por el arado abiertos la semilla fecundadora; vigilándola con ojos celosos

cuando la semilla se convertía en verdes tallos, en altas verduras, en apretadas hierbas, en troncos esbeltos, en espigas flexibles y en pámpanos oscuros que iban robando savia al suelo, humedad á la lluvia y calor al sol para convertirse en cosecha abundante y en utilizable producto; encaramándose por los árboles arriba sin cuidarse de la altura y fortaleza de las ramas, y exigiéndoles en premio de sus cuidados los frutos que de ellas pendían y tentaban las codicias del paladar con su apetecible madurez, y alegraban la vista con sus vivos colores y embalsamaban el aire con su aroma; segando, hoz en mano, las mieses requemadas, que caían á un lado y á otro como deshecha cabellera rubia, sobre cuyos revueltos mechones brillaban á manera de broches de oro, las crugientes espigas; requisando los pámpanos de la vid para sacar de entre ellos racimos y racimos, negros éstos, con tonos de esmeralda aquéllos, prontos á confundirse todos en las cestas de mimbre, donde los iban arrojando las ateizadas vendimiadoras.

Y después, nada de reposo. Apenas concluidas las faenas de recolección, á otra faena nueva, á prensar la oliva entre las piedras de la muela para que destilase gota á gota el pringoso aceite; á hacinar en los rincones del establo la hierba con que había de nutrirse el ganado durante el invierno; á recoger en anchos serones la fruta; á acomodarla para su conducción y trans-

porte; á hacer con las mieses amarilla alfombra de la era, y á pasar y repasar por aquella alfombra, guiando las mulas, dirigiendo el trillo, desgranando la espiga y pulverizando la paja; luego, á limpiar la paja, á recoger el trigo en dorados montones, que la pala remueve y el sol abrillanta y el aire besa; y de la era al lagar, á enténderselas con los racimos, á estrujarlos con sus pies musculosos; á transformarlos en mosto, que á la bodega se conduce y cae en las cubas, y en ellas fermenta, y de ellas sale en forma de chorro transparente, que abriga el estómago y agita el cerebro y enardece la sangre como si á ella llevase todo el fuego y los perfumes todos del sol del Mediodía y del aire vivificador de los campos.

Esta era la existencia de Juan: trabajo y más trabajo; en invierno tiritando de frío, encorvándose para recibir el empuje del vendaval, empapado por la lluvia ó acariciado por la nieve; en verano asfixiándose, jadeando, respirando polvo, transpirando pegajoso y caliente sudor; siempre en lucha con la tierra que lo mantenía, y seguro de dominarla con el empuje de sus manazas ásperas y callosas, con la energía de sus piernas, donde se dibujaban los músculos como manojos de sarmientos, con la resistencia de sus hombros, con su dura y sólida organización de labriego.

Sobrio, duro, fuerte, hecho á la obediencia, acostumbrado á la servidumbre, transmitida en su familia de padres á hijos, con el cráneo pequeño y las espaldas anchas, Juan era punto menos que feliz cuando por la noche, rendido, sucio, exhausto de fuerzas y roto el traje, entraba en su casuca y comía con apetito de animal hambriento que regresa á la cuadra y hociquea el pesebre, la miserable cena que le servía su mujer, una aldeana robusta, no exenta de belleza, á pesar de su cutis áspero, de sus pies grandes y de sus manos toscas.

Pepa era una buena moza y Juan la quería á su modo; tanto, que llegaba á olvidarse de sus fatigas y miserias cuando los domingos, nuevos de ropas y limpios de cara, iban juntos á misa y juntos bailaban en la plaza, y juntos y sin el cansancio que durante el resto de la semana los cerraba los ojos apenas terminada la cena, pasaban alegremente las primeras horas de la noche, para levantarse al amanecer y esperar el próximo día festivo como una bendición de Dios y como una tregua del cielo.

Pero no todo era resignación y mansedumbre en la vida de Juan; algunas veces, cuando sus miembros solicitaban media hora de descanso y no podía concedérsela, porque estaban allí para impedirlo los ojos vigilantes y la voz imperiosa del capataz, surgía en él un pensamiento de rebelión, algo así como una protesta

contra sus amos, contra los que se mantenían con el sudor de un centenar de trabajadores y vivían ociosos, llenos de comodidades, mientras ellos se morían de hambre y de cansancio, sin que su suerte pudiera cambiarse jamás, sin tener derecho ni al más insignificante pedazo de aquella tierra que alimentaban con sus músculos. Algunas veces entró en la bodega y se detuvo frente á la cuba depositaria de cientos y cientos de arrobas de vino, que en el centro de la bodega se levantaba, empotrada en el suelo, sobresaliendo media vara de él, y antojósele que el líquido en ella contenido, líquido de color de sangre, era la sangre de todos los suyos, absorbida y utilizada por y en provecho de una raza entera de propietarios.

Cuando esto ocurría, sentíase capaz de algo horrible, que no acertaba á determinar, pero que subía á su cabeza como una oleada de fuego y le hacía crisar las manos y prorrumpir en una maldición sorda.

Pero estas rebeliones de Juan duraban poco. No era juiciosa aquella manera de pensar. Tenía que haber pobres y ricos en el mundo; el señor cura lo proclamaba así desde el púlpito. ¿A él le había tocado nacer abajo? Pues paciencia; mientras tuviera á su mujer y no le faltase un pedazo de pan, debía estar contento y resignarse con su mala fortuna, como se resignaban las mulas á tirar del arado.

Y luego, que el amo no era malo; algo brusco, pero

por lo demás campechano y francote. ¿Había tenido la suerte de nacer rico? Mejor para él; no iba á odiarle por eso... su obligación consistía en agradecer el pan que le daban; y en cuanto á trabajar, ¿por qué iba á quejarse? No trabajaba gratis; hasta de hambre se hubiera muerto sin el salario que le entregaba su amo. Nada; que era una injusticia enfadarse con él.

.....

.....

¡Conque era cierto! ¡Conque no podía dudar! ¡Dudarlo!... Sus propios ojos fueron testigos, y testimonio de tal naturaleza no puede recusarse... ¡El amo, el señorito, le había robado la fidelidad de su mujer una tarde cualquiera, mientras él, echando el peso entero de su cuerpo sobre la reja del arado, removía la tierra endurecida para que el grano tuviese una matriz profunda y la semilla se reprodujera con profusión y diese abundante cosecha á aquel canalla, á aquel miserable que le quitaba la honra...

¡Y pensar que llegó á reprenderse por el odio instintivo que el propietario le inspiraba!... Su odio era justo... ¡Vivir veinte años como una bestia, dándole su sangre, su vida, el sudor de su frente y las energías de su cuerpo; cuidando aquella tierra, que Juan solo tenía derecho á poseer y cuidándola para regalo de tal hombre!... ¡Y este hombre no satisfecho aún quería arrebatárle su hembra! ¡Infame!... ¡Se vengaría! ¡Ya

lo creo que se vengaría!... Pero con calma, á mansalva, sobre seguro, en secreto, para no caer en manos de la justicia y en lenguas de los burlones del lugar.

Todo el odio de Juan, todos sus proyectos de venganza se dirigían contra su amo. Ella... ¿Qué iba á hacer ella!... Era natural que hubiese cedido: la comparación entre él y su amo no podía traer otra consecuencia. Él, basto, anguloso, grosero, con la piel negra y el rostro deformado por la intemperie, escaso de palabras y hasta de tiempo para quererla, y el otro, guapo, buen mozo, bien vestido, alegre, decididor y dueño de todo... ¿cómo iba á defenderse la pobre mujer?... La culpa era suya, del otro, que robaba al infeliz labriego, por satisfacer un capricho, toda la ventura de su existencia.

A ella no le diría nada... como si no lo supiese... Era lo mejor... ¡A él!... De él iba á vengarse. Para conseguirlo, solo necesitaba una cosa, ocasión oportuna.

Y esperó, esperó, sin que nada se trasluciese ni en su rostro, ni en sus palabras, ni en su conducta, hasta que una noche entró en la bodega con su amo.

Nadie les pudo ver cuando entraron. Se encontraban solos: Juan cubierto de mosto, de sudor y de polvo; el amo, con su camisa limpia y su pantalón sin arrugas, y su cara sin surcos. Aquel era el momento por tanto tiempo esperado. No le vieron entrar, no le

verían salir tampoco. En cuanto á su venganza estaba seguro de no dejar rastro.

Siguieron avanzando; el amo delante, Juan detrás alumbrándole con un farol y mirándole con mirada siniestra de asesino que acecha á su víctima y está seguro de aniquilarla.

Así llegaron frente á la enorme cuba empotrada en el suelo de la bodega y abierta en espera del líquido que le faltaba para llenarse hasta la boca; aquella cuba era la que avivaba los odios de Juan en sus momentos de rebelión, la que absorbiera, transformada en vino, la sangre de todos los suyos... Buen sitio para satisfacer su venganza; buen medio para quedar impune.

Juan miró á la cuba y miró á su amo. Fué obra de un instante; dejó el farol en el suelo, ciñó al propietario con sus brazos de atleta, elevólo á la altura de sus ojos, le miró frente á frente, y le lanzó al rostro esta frase:

— ¡Ahora yo!

El otro quiso defenderse. Era inútil. Allí no existía más que una ley; la fuerza, y la fuerza pertenecía á Juan.

Levantó á su víctima en alto, la balanceó sobre las fauces de la cuba y la arrojó de golpe en el fondo de aquel recipiente sombrío, alimentado por el sudor de diez generaciones de trabajadores.

MADROÑO